

cual afirma un comentarista francés que Jesús de Nazaret fué tan inmoral a la mirada de los israelitas, como lo es hoy Nietzsche bajo la lente de los cristianos.

Los treinta y dos vientos se disputan el imperio de la rosa espiritual.

De ahí que solamente no alteren su condición los honestos, por ceguera; los simples simuladores de virtudes, y los viciosos que pretenden condensar todos los problemas en la fórmula terrible de Claude Farrere: el mayor acopio de goces en el cesto de la perfecta decidía. Tienen ojos y no ven. Llevan la cabeza rígidamente torcida y no les es dado contemplar los árboles que desde el otro lado del sendero envían la sombra amiga. Tienen oídos, pero como se los han tapado con las manos, no os atenderían si les dijérais que las virtudes son vicios que se encerraron en el capullo de la razón cansados de arrastrarse, y volaron después regando el áureo polvo de sus alas.

En efecto, elevemos nuestros bajos instintos, tendámosles en nuestro reino interior las escaleras que les permitan subir hasta bañarse en las infinitas constelaciones que giran bajo la bóveda del cráneo, y los habremos redimido hasta colocarlos de parte del bien.

El ocio, por ejemplo, al que se le atribuye la ilegítima paternidad del mal, amasa el pan cotidiano del espíritu, y no pasa de ser el pastor de los ensueños: su cayado acaricia quedamente el lomo del blanco rebaño. Alienta la esperanza cuando nos recibe en sus brazos, porque reintegra las energías que nos robara el tráfigo embrutecedor, pertinaz en su intento de encerrar el alma en el marco de una moneda.

Es mucha verdad que el sueño nos agota si nos asalta por entero; pero no lo es menos, que mayor fuerza destructiva tiene la actividad práctica, pues que amartilla el cerebro hasta mecanizarlo.

De la mezcla híbrida de la fuerza utilitaria que requiere la conquista de

la vida material, y de la fuerza ideal que reclama el espíritu, resulta, indefectiblemente, la felicidad. Luego la alegría depende de modo directo del trabajo activo, y del ocio reparador.

Quizá sea un razonar semejante el que impulsó a Guyau a enseñarnos a barajar en la vida el movimiento con el descanso, el llanto con la risa, el dolor con el placer, a imitación de los pintores góticos que hacían triunfar en sus retablos la gracia de una flor, al pie de las mártires que empalidecen agónicas, caídos los párpados y exangües los labios que antes fueran las alas de los besos.

Amar la vida en presencia de la muerte, evocar la clemencia en el comercio de la crueldad, llenar de risas el surco de las lágrimas: ya está aquí un ideal.

Ahora bien, se consigue un ideal, cualquiera que sea, en la agitación? No. Nunca. Hay que buscarla en la oscuridad del ocio meditativo, fecundo, supremo.

Meditar es viajar. Y quien viaja va abandonando paisajes, olvidando el perfil de cien horizontes, muere a pedazos. Mas a la vez deja caer los ojos, cual si fuesen garras, sobre nuevos mares, y los entrega al alma como copas en las que beberá, para llenar el vacío de los pristinos desprendimientos, sensaciones no sabidas, realidades que son la carne de la ilusión.

En el ocio, pues, que suele alojarse en la casa de la melancolía, encontramos a menudo el dolor: el dolor apacible de la muerte, y el violento dolor de los partos; pero convertido en goce, puesto que lo que mata es la maldad arraigada en nosotros, para dejar amplio campo al bien.

Nadie mejor que José Enrique Rodó, ha sabido interpretar, en genial parábola, esta metamorfosis diaria del alma: Era un viejo rey cuyo palacio, allá en el recóndito Oriente, carecía de puertas. De todos los puntos acudían hasta él, como un rebaño de ovejas que busca el remanso orillado de briznas más frescas que el aire, las almas sedientas de justicia y los cuer-